

UNA HISTORIA PARA LA CRÍTICA

Por Antonio Farián

Título: «Historia de la Crítica Literaria en España».

Autor: Pedro Sainz Rodríguez (Prólogo de Fernando Lázaro Carreter).

Editorial: Taurus, Madrid, 1989, 307 páginas.

Precio: 1.500 pesetas.

En 1962, comentando un libro que acababa de publicar entonces Pedro Sainz Rodríguez, decía yo que la obra científica del autor se orientaba con tres direcciones principales: la investigación periodística a lo largo de 40 años de trabajo; la investigación bibliográfica; la historia de la crítica literaria y la de la espiritualidad religiosa en España. Ahora habría que añadir dos precisiones más: que ese trabajo de don Pedro se continuó hasta su fallecimiento en diciembre de 1986 y que durante los últimos lustros Sainz aportó, con buena técnica historiográfica, documentos y noticias sobre importantes capítulos de la política española del siglo XX.

La historia de la crítica literaria en España de Sainz Rodríguez se contiene en los miles de papeletas que llenaban cientos de gavetas de su biblioteca, que ahora pertenece a la Fundación Universitaria. En ellas está la base documental, técnicamente bien seleccionada, para una gigantesca obra en la que se combinarían los reflejos de las varias caras que ofrece una obra literaria, y el conjunto de la literatura, en un período de la historia o a lo largo de toda ella: creación poética, imaginativa o artística, objetivada en el texto; la expresión del propio poeta (o orador, dramaturgo, narrador de ficciones o de historias, etc.); la acogida del público; la impresión ejer-



cida sobre él; su lugar dentro del género literario correspondiente; las tradiciones de éste, etc. Es decir, la proyección de las diversas «funciones» de la literatura, que es un lenguaje en el que igual que en los naturales, se pueden distinguir tres funciones principales, o sea, o tal vez algunas más. La crítica literaria es el análisis racional de todos esos hechos o, si se quiere, una ordenación razonada que pretende convertir la jungla en bosque. Este libro de Sainz, que tantos piadosos han sacado a luz ahora, no es, por supuesto, esa vasta obra, que quizá sea de imposible realización. (Avance, si se dispusiera de los medios necesarios para ello, no sería pequeño servicio a la cultura española publicar los inapreciables *Materiales para una historia de las literaturas hispánicas de las gavetas de Sainz*.) El libro de ahora es el trozo esencial de lo que hubiera podido ser aquella magna empresa.

En once capítulos (del II al XII) se alinean, sabiamente ordenados por cronología y por contenidos, los intérpretes y los analistas de la literatura espa-



Antonio Farián con Sainz Rodríguez en el claustro del monasterio portugués de Batalha, el 4 de enero de 1981. El fotógrafo fue Florentino Pérez Eiroa.

ñola, desde los «primitivos» (Vilena, Santillana, Juan del Encina) hasta Marcelino Menéndez y Pelayo.

Son dignos de particular mención, por una razón o por otra, casi todos los capítulos. Hay dos, sin embargo, en que yo no quería dejar de detenerme por espacio de unas cuantas líneas más. Corresponden al siglo XVIII. Se trata del nacionalismo de los jesuitas expulsados y del que don Pedro dio en llamar los medievalistas. Resultan casi increíbles el patriotismo, la tenacidad y la pasión con que los cultos jesuitas desterrados predicaban en toda Europa los valores españoles, y las figuras de los abbores, los héroes, los poetas y, en general, todos los literatos de su nación. Tales son los casos admirables de Andrés, Lampillas, Burriel, Arévalo, Mosquera, por citar sólo los más conocidos entre los exiliados. Existen estudios individuales sobre varios de esos ex-

critores. Pero quien quiera informarse de lo esencial y de su significación y alcance en la cultura europea y en especial en la española, debe empezar por leer a Sainz Rodríguez.

Los «medievalistas», que no se hubieran reconocido a sí mismos por ese nombre, porque se trata de palabras que sólo a finales del XIX penetra en la lengua castellana, fueron para Sainz, los Mohedanos y Flórez, pero, sobre todo, a efectos de la historia literaria castellana, el padre Sarmiento y Tomás Antonio Sánchez, aunque en ocasiones estuvieron enfrentados entre ellos, al menos Sánchez con Sarmien-

to, que había fallecido antes. En esos «medievalistas» se descubren las raíces autóctonas de gran parte de la pujante vegetación romántica del siglo XIX. El Romanticismo español no viene de París como los niños de la fábula. Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez, eran personalidades muy cultas que habían leído a los poetas medievales descubiertos o redescubiertos por el laborioso clérigo valmantino, académico de casi todo y bibliotecario del Rey, que fue don Tomás Antonio.

A los tres años de su fallecimiento, don Pedro sigue regalándonos al menos de los tesoros acumulados en sus incontables horas de trabajo. La variedad de sus saberes, lo atinado de sus juicios y el talento que exhalan sus obras enriquecen la cultura nacional. Quizá él, de haber publicado en vida, habría titulado este libro con la palabra «introducción», «estudios» o algo semejante como hizo otras veces. En realidad, es el libro de un maestro y un libro para maestros.